

CUANDO LA INOCENCIA NO ES  
DEBILIDAD, SINO FUERZA DIVINA

# Donde habita la inocencia

*Vanessa B. Bastidas*

CUANDO LA INOCENCIA NO ES  
DEBILIDAD, SINO FUERZA DIVINA

# Donde habita la inocencia

*Vanessa B. Bastidas*

© 2025 Vanessa B. Bastidas. Todos los derechos reservados.

Este cuento ha sido escrito y publicado por su autora como contenido gratuito.

Está destinado exclusivamente para su lectura personal a través de los medios autorizados.

**Queda estrictamente prohibida su venta, reproducción total o parcial, distribución o modificación por cualquier medio sin el consentimiento previo y por escrito de la autora.**

Si deseas compartir esta obra, por favor hazlo a través del enlace oficial de su publicación original.

Esta es la historia de Doris, una mujer de 78 años que, durante toda su vida, estuvo rodeada de personas increíbles. No hubo un solo momento en el que no se sintiera abrazada por el amor profundo y la felicidad. Podría decirse que vivió en una infancia infinita, en esa etapa en la que todo lo que haces y dices resulta gracioso y agradable para los demás.

Doris no daba lo que no tenía: ella *era* lo que ofrecía. Emanaba una inocencia delicada, sincera, profunda. Algunos, más crueles, la tildaron de tonta, de estúpida, incluso de incapaz. Sin embargo, aunque Doris sabía perfectamente lo que los demás pensaban de ella, jamás le importó. Siguió siendo ella misma, con su alma de niña intacta.

La pureza de su corazón no podía fingirse ni imitarse: era genuina. Trabajó en la misma empresa durante más de 45 años. Fue su primer y único empleo. Comenzó llenando formularios y ayudando a los clientes a encontrar productos en la tienda. Las tareas eran sencillas, como para un primer trabajo, pero Doris siempre quiso ir más allá. Tenía un deseo de superación personal y profesional inquebrantable. Por eso, naturalmente, llamó la atención de muchos de sus supervisores. Al poco tiempo, comenzó a escalar posiciones dentro de la empresa, hasta jubilarse como Gerente de una de las áreas de Distribución y Desarrollo de Productos. Nunca tuvo problemas con sus compañeros ni con sus empleados.

A su funeral asistieron muchas personas: amigos, conocidos y otros más lejanos. Todos querían despedirse de aquella mujer-niña que se convirtió en una de las gerentes más influyentes de una empresa tan renombrada. Solo palabras hermosas rodeaban a Doris. No solo en su

despedida, también en vida, fue profundamente querida.

Doris murió soltera, sin hijos ni familia propia. No tuvo la oportunidad de vivir muchas de las experiencias que otros consideran fundamentales. Sin embargo, nada de eso apagó su espíritu. Fue una mujer de bondad, inocencia y amor. Un ser de luz infinita. A veces cuesta creer que alguien pueda ser simplemente luz y nada más que eso. Y, sin embargo, Doris lo fue.

Aunque no debemos confundir inocencia con ingenuidad. Ella mantenía un corazón puro, pero sabía perfectamente cuándo alguien intentaba burlarse o herirla. Solo que su forma de actuar era distinta: no respondía a provocaciones ni bajaba su energía a la oscuridad.

Una vez, cuando tenía 16 años, fue cruelmente engañada por un grupo de personas a quienes consideraba sus amigos. Entre ellos estaba Lucy, su vecina, con quien había crecido y compartido tantas cosas. Lucy conocía sus secretos más

profundos de la adolescencia. Sus familias eran cercanas, y por eso Doris la consideraba más que una amiga

Hacía mucho calor ese verano, así que todos decidieron ir al río que quedaba cerca de casa. Algunos fueron con sus novios o novias; Doris no tenía pareja, así que fue sola, sin saber que aquel día sería diferente. Lo que ignoraba era que sus supuestos amigos estaban planeando arrebatarle todo rastro de pureza. No podían comprender — especialmente Lucy, quien ideó todo— cómo alguien podía ser solo luz y alegría. Todos amaban más a Doris por su "carita inocente", como solía decir Lucy con desprecio. Era evidente que sentía celos profundos hacia su amiga. Y ese día, finalmente, pondrían en marcha el plan que tanto habían comentado a escondidas.

Doris, al principio, no notó nada extraño. Hasta que, de un momento a otro, comenzaron a presionarla para que besara a uno de los chicos. Fue en ese instante cuando supo que algo no

estaba bien. Miró a Lucy, buscando ayuda, pero esta simplemente la ignoró.

Entonces lo comprendió todo.

No era tonta, como algunos creían. Y aunque su espíritu era inocente, su intuición estaba despierta. Sabía que nadie iba a ayudarla. Sabía que podía salir herida, o incluso muerta. Así que, con una serenidad que solo la fe puede dar, dejó de resistirse físicamente. Cerró los ojos y, desde el fondo de su alma, dijo en silencio: **“Que se haga tu voluntad, Padre. Acepto lo que viene desde el amor. Sé que algo debo aprender de esto, Señor.”**

Como si despertaran de un trance, los jóvenes comenzaron a sentirse incómodos. Al ver que Doris no lloraba, no gritaba, que no oponía resistencia y simplemente mantenía una mirada perdida en el horizonte, fueron retirándose uno a uno. Algunos aún intentaron continuar, pero algo los detenía. Las chicas observaban en silencio, atónitas.

Lucy, llena de ira, fue la única que no se retiró.  
—¡Cobardes! —gritó— ¡Yo misma lo haré!

—No tienes que hacerlo —dijo Doris con calma.

—¡Por supuesto que quiero hacerlo!

—Pero... ¿qué te he hecho, Lucy? Pensé que éramos amigas.

—Solo jugaba contigo porque mis padres me obligaban. Todos te aman. Y yo solo soy *la amiga de la que todos aman*.

—Lucy... lo siento mucho. Nunca quise que te sintieras así. No pretendo ser el centro de atención. Yo solo... soy yo.

—Es mejor que te vayas antes de que me arrepienta. Y más te vale no decir una sola palabra de esto. Porque te juro que no la cuentas, Doris.

—No pensaba decir nada, Lucy. Quédate tranquila.

Lucy quedó sentada en una roca, mientras Doris se alejaba, con paso firme y el alma encendida.

Esa tarde comprendió el peligro que representaba estar cerca de quienes no sabían amar. No dijo nada al llegar a casa, solo lloró en silencio unos minutos. Esa misma noche, le propuso a su padre un cambio de ambiente. Tal vez una mudanza sería buena para todos. Sus hermanos aún eran pequeños, y su madre los cuidaba. Su padre era vendedor, viajaba mucho, y podía trabajar desde cualquier lugar. Así que no fue difícil tomar la decisión.

La ciudad a la que llegaron era mucho más grande de lo que Doris imaginaba, pero le encantó. Acostumbrada a ambientes más pequeños, sintió que estaba comenzando de nuevo. Nuevas calles, nuevas personas... nuevos sueños. No le quedó ningún amigo de antes. Pero ya no importaba.

Desde muy joven comprendió que no todo es lo que parece. Y que a veces, incluso quien está a tu lado puede herirte profundamente. Aun así, jamás juzgó el comportamiento de nadie. Nunca albergó rabia ni resentimiento. Solo desarrolló una sensibilidad especial para detectar el peligro. Y eso le bastaba. Su corazón seguía intacto, igual de amoroso que siempre.

Doris tenía algo especial. Era increíblemente sencillo para ella dar todo de sí. A veces pensaba que una fuerza más grande que ella misma la empujaba a ser así. Amor y protección: eso era lo único que tenía para ofrecer. Y eso dio, siempre.

Con el tiempo, formó amistades verdaderas. Amigos que la amaban sinceramente, que la cuidaban y se preocupaban por ella. Cuando decidió mudarse sola, sus padres estaban algo nerviosos. No sabían si su pequeña estaba lista para tantas responsabilidades. Ya tenía un empleo estable, así que podía hacerlo. Su madre siempre la había sobreprotegido, pero su padre, en cambio, la cuidaba desde la distancia. Siempre

supo que Doris debía volar sola. Era la mayor de sus hermanos, y el mundo la esperaba.

Nunca supieron si el amor de pareja estaba hecho para Doris. Aunque... ¿cómo se mide el amor en una persona que ya lo es todo? Porque ella, sin duda, era eso: amor en estado puro.

Su apartamento era pequeño, ideal para una sola persona. A los 32 años, Doris pudo mudarse completamente sola. Para la época, no era algo sencillo, pero nunca estuvo del todo sola. Vivía cerca de la casa de sus padres, y su hermano menor solía visitarla con frecuencia, siempre pendiente de que no le faltara nada. Al principio, sentía que la vigilaban, pero poco a poco se fue acostumbrando a su espacio.

Tenía un horario de trabajo muy cómodo: entraba a las 10 de la mañana y salía a las 4 de la tarde. A las 5 ya estaba en su hogar, un lugar luminoso, cálido y acogedor. Tenía su propia biblioteca, porque amaba los libros con ilustraciones. Los de cocina le daban un poco de

temor: siempre intentaba preparar cosas sencillas, aunque soñaba con crear grandes platillos para ella o para su familia.

Por las noches le gustaba ver alguna película romántica. Siempre fue así: evitaba las historias violentas o oscuras, porque le generaban ansiedad. Era de las que se tapaba los ojos en las escenas más intensas.

Su padre solía pasar a buscarla cada mañana. Le quedaba de camino al nuevo trabajo, ya que había dejado las ventas para asentarse con mayor estabilidad y estar más cerca de la familia. En el fondo, ese cambio era por Doris: no quería que pasara demasiado tiempo sola. En el pueblo sabía que todos la cuidaban, pero la ciudad era diferente. Por eso asumió esa rutina diaria. En las tardes, quien pasaba por ella era su madre.

Para Doris, todo esto era innecesario. Podía tomar el autobús y viajar sola. A veces le irritaba la insistencia de sus padres por cuidarla tanto, cuando siempre había sabido manejarse bien.

Pero luego pensaba que no estaba mal contar con ese apoyo. Con el tiempo, su padre dejó de poder ir a buscarla, y lo reemplazó su hermano menor. Iban charlando y riendo camino al trabajo. Por las tardes, era su hermana quien compartía con ella el regreso y la cena. Con ambos tenía vínculos muy especiales.

Doris tuvo cuatro sobrinos, a quienes amó más que a nada en el mundo. Fueron su luz, su alegría constante. Aunque no tuvo hijos propios, los quiso como si fueran suyos. Jugaba con ellos como una niña de tres años, pero también podía poner límites con la firmeza de una tía. Doris era multifacética, profundamente encantadora. Era imposible no notar la inocencia en su mirada, su ternura al hablar, su risa suave.

El fallecimiento de sus padres fue un golpe muy duro, especialmente para Doris. Siempre fue la niña de sus ojos. Aunque ellos partieron cuando ella tenía ya 56 años y contaba con herramientas para enfrentar la pérdida, había aspectos del duelo que le costaban comprender.

Le resultaba difícil aceptar que la muerte fuera necesaria, que las personas amadas debieran marcharse. Pero, en su interior, sabía que estaban bien, en paz, sin dolor ni sufrimiento.

Doris murió rodeada de sus seres más queridos: sus hermanos, sobrinos y amigos. Murió sabiendo que era profundamente amada y respetada. Partió en paz, dispuesta al reencuentro con quienes la esperaban del otro lado.

En su vida, aprendió mucho: amor, amistad, fe, voluntad, independencia. Logró un trabajo donde fue valorada, reconocida, y donde alcanzó metas importantes. Hizo carrera. Fue admirada.

Su familia no podría sentir más orgullo del que ya sentía. Doris fue una mujer amada por muchos. Su inocencia infinita la impulsaba a ver belleza donde otros no la veían. Su inteligencia y sus ganas de avanzar motivaron a muchos. Fue ejemplo, inspiración. Actuó siempre con amor y paciencia. Miraba a todos con igualdad, sin juzgar, y eso marcó una diferencia en su entorno.

Doris, una mujer con síndrome de Down — quien, según algunos, no tenía las mismas “ventajas” que los demás—, vivió una vida hermosa. Porque su manera de ver el mundo estaba teñida de amor puro. Para ella, no existieron obstáculos reales, solo los que los demás proyectaban sobre ella. Fue feliz, entusiasta, generosa. Su fe la hizo más fuerte. Jamás sabremos con certeza lo que pasaba por su mente, pero una cosa es segura: **desde esa mirada transparente, más de uno pudo ver la bondad de Dios.**

Conocer a personas como Doris es maravilloso. Pero comprender que *todos* tenemos la capacidad de ser como ella... eso lo vuelve aún más extraordinario.

Doris enseñó a muchos a vivir desde su mirada: la del amor, la ternura y la inocencia. Vivir con un corazón de niño tiene más beneficios de los que siquiera imaginamos. En esa forma de ver el mundo reside la experiencia más sublime.

Cada día nos perdemos persiguiendo metas superficiales, y rara vez nos detenemos a preguntarnos por las verdaderas: las del alma, las del espíritu, las que dan sentido a la vida. Para Doris, su mayor propósito era vivir con plenitud, dar amor y estar al servicio de quien lo necesitara.

Quizás nunca logró preparar un gran platillo, pero sin duda alguna, el hambre de amor de quienes se acercaban a ella fue perfectamente saciada.

Fue quien fue, porque así debía ser.

No existe dificultad real cuando se trata de mostrar lo mejor de nosotros mismos. Doris lo hizo. Y lo hizo con amor, con humildad y con la inocencia intacta de quien sabe mirar con los ojos del alma.